

***Si yo fuera tambó***  
**CORPORACIÓN CULTURAL CABILDO <sup>1</sup>**

*Claudia Patricia Mosquera Rosero-Labbé*

Colombia posee una enorme diversidad étnica y cultural de pueblos indígenas, negros, gitanos o *rom*. Esos pueblos viven en zonas rurales y urbanas en donde desempeñan artes, oficios y profesiones variadas. Los indígenas viven en ambientes más rurales y allí desempeñan actividades relacionadas con las artes, agricultura, caza, pesca, medicina y artesanía. Los pueblos Rom trabajan en el comercio de animales y la prestación de servicios personales en el área urbana. Los miembros de comunidades negras, en cambio, transitan entre la ciudad y el campo desempeñando actividades agrícolas, pesca, medicina, música, comercio y la docencia en escuelas públicas.

Esa diversidad étnica y cultural también se representa en la existencia de lenguas nativas que se mantienen vivas en los territorios de 65 pueblos indígenas, pueblo Rom y comunidades negras raizales y palenqueras. Las comunidades negras, en particular, recrean lenguas criollas de base léxica española, en el caso de la lengua *ri palenque* de San Basilio de Palenque, y base inglesa en el caso del *creole* hablado en el archipiélago de San Andrés y Providencia, ambas localizadas en el Caribe colombiano. Otras comunidades negras del Caribe y del Pacífico, en las ciudades y entre valles, selvas y ríos adaptan el español a su antojo para darle estilo y sonoridad.

Al escuchar la cuidadosa compilación de perturbadoras canciones de la obra *Si yo fuera tambó* una se pregunta de dónde salen esas voces, dejos, guapirreos, clamores y epifanías a la vida. La propuesta tiene osadía y novedad, se tradujeron poemas de la llamada literatura negrista colombiana al lenguaje musical bajo la

---

<sup>1</sup> Colombia, 2012. *Si yo fuera tambó*. CD de 51 minutos.

experimentada dirección de Rafael Ramos. Esta mixtura permitirá que muchas generaciones de colombianos multiculturales se bailen y aprendan con música la poesía de Jorge Artel, Candelario Obeso o de Mary Grueso. La propuesta no se queda allí, hace suya la lengua criolla del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina; la lengua criolla de San Basilio de Palenque, y el español afrocaribeño. Junta voces experimentadas, nuevas y en formación que se inscriben en la tradición de las grandes cantaoras del Caribe continental.

Las trece músicas de la compilación son cantos al amor, el erotismo, la muerte, la vida, la feminidad, la masculinidad, africanidad y afrocolombianidad diaspórica. El disco trae melodías que sugieren la insurgencia de hombres y mujeres descendientes de quienes fueron secuestrados y traficados en el ignominioso periodo de la Esclavitud. Sin esencialismos, las canciones evocan las múltiples herencias del continente africano y evidencian el renacimiento y cimarronismo de la conciencia, el alma y el cuerpo bajo la candencia de ritmos y fusiones musicales de bullerengue, bunde, cumbia, currulao, chalupa, chandé, lumbalú, fandango, mapalé...

*Dinga y Mandinga. Tengo Dinga en mi sortija, el Mandinga en mis aretej, el yoruba eb mi cintura y el Congo en mi canalete, cuando voy remá que remá, por el río de la vida. Mi cintura se menea, se menea el canalete. La sortija está en el dedo, y en la orejaj el arete. Canalete remá, remá canalete congoleño. Carbón y canela voy, carbón y canela vengo. Remá, bogá... canalete congoleño, remá, bogá... canalete congoleño, carbon y canela voy, carbón y canela vengo. Remá, bogá, canalete congoleño, remá, bogá, canalete congoleño (pista 13).*

Algunas canciones, son un bálsamo restaurador para muchas de las tristezas, melancolías y heridas del trauma cultural que llevamos quienes conocemos por propios y extraños los efectos del conflicto armado interno en las últimas décadas. Otras canciones aligerarán los trajines diarios y colorirán las rutinas silenciosas si se escucharam desde muy temprano en la mañana. Todas son un pretexto para vincular a los amigos, y ofrendar el gozo de este volumen que quizá no circulará en rutas comerciales clásicas, pero sí en otras apreciadoras de los emprendimientos locales y alternativos a la gran industria musical.

Bajos los efectos de la fuerza vital allí contenida, creí comprender por qué los grupos armados ilegales que han devastado con crueldad premeditada a las comunidades negras en los episodios más aberrantes de la guerra en Colombia, atacaron de manera recurrente y sistemática prácticas culturales ligadas a la vida: asesinaron a mujeres cantaoras, a sabedoras etno-botánicas, a mujeres parteras, a consejeras espirituales, a gestoras culturales, en últimas a las paridoras y reproductoras de cultura. Este trabajo discográfico testimonia que las culturas negras le cantan a la vida y esto es un obstáculo en la estrategia de control de cualquier actor armado ilegal. No es entonces causal que una de las formas como las comunidades negras han re-elaborado el trauma cultural del conflicto ha sido apoyándose una vez más en el cuerpo *bailao*, en el episodio *cantao* y en la exigencia de verdad, justicia y reparación *hip-hopiando*.

El cimarronismo *cantao* atraviesa todo el repertorio, además de una insinuante provocación sensorial a escuchar a esos Otros de la nación que tanto tienen que decirle a este país, quienes acepten emocionarse, descubrirán con júbilo que esos Otros no son tales, que son parte del sí mismo colectivo, que solo había que ampliar nuestro estrecho universo sensorial y racional.